Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica 1/1 (1957): 87-88.

BIBLIOGRAFIA COSTARRICENSE

En esta Sección la Revista de Filosofía procurará reseñar todas las obras de contenido filosófico aparecidas en Costa Rica o de autor costarricense (desde el año 1945), y publicará el elenco de los artículos de tema filosófico o relacionado con la Filosofía aparecidos en Costa Rica (en este número, los aparecidos en el año 1956). De las obras costarricenses, las reseñas procurarán ser estrictamente informativas, y, cuando de alguna se haya publicado algún comentario en Revista extranjera de prestigio, La Revista de Filosofía reproducirá éste.

SKUTCH, ALEXANDER F., *The Quest of the Divine* (La búsqueda de lo divino). Boston, Meader Publ. Company, 1956. ps. 440.

A. Skutch es un zoólogo norteamericano que, desde hace unos veinte años, vive en Costa Rica y reside actualmente en el Valle del General. Durante muchos años le he conocido por sus destacadas investigaciones en el campo de la Historia Natural, sobre todo por sus estudios de Ornitología de la América Central. Por ello, encontrar por un azar este volumen, rico de reflexiones en un campo distinto, escrito en un inglés claro, pleno y agradable, me causó gran sorpresa, como probablemente también a la mayoría de sus colegas en Zoología. La sorpresa aumenta cuando se examina el libro y se capta el fondo de lectura y meditación disciplinadas en que se apoya la obra. En verdad, el libro es acreedor a un comentario estrictamente filosófico, aunque este empeño mío sirva solamente como aviso de la aparición de un libro extraordinario, meditado en el remoto Valle del General.

Habiendo conocido al A. por su investigación como científico en mi propio campo, la Zoología, le pregunté, hace poco, cómo fué el adquirir esta nueva inquietud, cómo se dió este cambio drástico en su dedicación. Me contestó que realmente no se trató de un cambio, sino, más bien, de una continuación lógica de su estudio de los seres vivos. Durante dos décadas, me dijo, he investigado las formas de la vida: y la ampliación de este interés a una búsqueda de causas, fuerzas y fines más allá del alcance de la ciencia objetiva me parece algo inevitable y congruente .

Como consecuencia de su fondo científico, A. Skutch no se precipita en medio de la Metafísica, sino que se acerca cuidadosamente aprovechándose de los caminos del método científico hasta su ultimación, hasta llegar a los últimos límites de lo comprobable. Tal vez esta aproximación no sea única entre las obras filosóficas, pero sí me pareció grande su originalidad.

Comienza la obra con un examen de las ideas de la divinidad que el A. estima inaceptables, y en esta categoría incluye todas las concepciones tradicionales de lo divino. Destronado el dios convencional queda en el seno del hombre un vacío, que suele llenarse por medio de uno de estos dos expedientes: el panteísmo o el humanismo. Para A. Skutch ninguno de ambos es satisfactorio, como estímulo para nuestra "lealtad cósmica" o como fuente de certeza de que el universo no es hostil. Propone sustituirlos por un principio que denomina "armonización"; la idea de que la vida constituye una faceta de un orden y de una belleza que se expanden por todo el universo.

Esto me parece simplemente una declaración de la continuidad de los procesos de evolución orgánica y evolución cósmica. Este concepto está de acuerdo con la evidencia científica, en cuanto se amplíe ésta. El científico confirma que los procesos de selección producen desde los tropismos de la ameba a la mente humana, que sucedió esto solamente mediante una evolución química variadísima y que

ésta fué expresión de una evolución continuada de todas las fuerzas y sustancias del universo material.

Según A. Skutch, el hombre puede ver en esta integración cósmica "el benéfico, poderoso, difundido y duradero" sustitutivo de la divinidad tradicional. Esto me parece cuestión de gustos y de inclinación individual. Aunque no es estrictamente doctrina panteística, se asemeja a la idea griega contigua de un poder evolutivo interno, como opuesto al Jehová hebreo, que arregla el universo desde afuera, creando sin plan y destruyendo a capricho; y no hay duda de que es una idea más agradable. A A. Skutch esta idea se le revela como "razón, amor, belleza, valor y crecimiento", y es todo lo que se puede llegar a saber de lo divino.

Las reflexiones ya citadas se incluyen en los siete primeros capítulos de la obra. Los once siguientes comprenden una serie de aplicaciones de las conclusiones anteriores a los problemas de la Psicología y de la Etica.

En el cap. VIII se examina la influencia recíproca del bien y del mal, como factores de las sociedades animales. El bien es la armonización básica; el mal es la tendencia destructiva impuesta por la lucha por la existencia. Siguen cuatro capítulos que tratan de la Etica, cuyo éxito es la realización de una aspiración perenne de la filosofía, o sea, la fundación de la ética en una base cósmica. Culmina esta serie de capítulos con la expresión de un ideal ético, que aparece irrefragable, se acepte la base cósmica o no: "Debo vivir de tal manera que resulte la mayor perfección al mayor número de cosas, acordándome siempre de que soy una de las cosas que procuro proteger".

El último capítulo es un ensayo sobre la inmortalidad. Aquí se manifiesta el A. un hombre profundamente religioso, quien, a causa de la carencia de evidencia científica que *niegue* la inmortalidad del espíritu humano, propone usar la perspectiva de una continuidad espiritual como base para un juego de reglas y modelos de la conducta humana. Así, el A. sobrepasa mi concepción del alma, en la cual el espíritu es un conjunto de sinapsis no predestinadas a sobrevivir al cuerpo más que la secreción de la bilis. Sin embargo, incluso por el biólogo incapaz de librarse de las sogas de su disciplina, los ideales éticos de A. Skutch pueden ser reconocidos como, no solamente válidos, sino como la única esperanza de la humanidad.

Para los lectores costarricenses será interesante saber que A. Skutch continúa su investigación filosófica con la preparación de un nuevo volumen sobre Etica.

Archie Carr

HEINTZ, PETER, *La enseñanza de la Sociología en los Estudios Generales.* San José, Univ. de Costa Rica, 1956, ps. 44.

Hace unas semanas salió de las prensas del Departamento de Publicaciones de nuestra Universidad una guía sobre la enseñanza de la Sociología en los Estudios Generales, cuyo A. es el sociólogo suizo Dr. Peter Heintz. Es harto difícil hacer un resumen y una crítica de este manual porque trata en unas pocas páginas las relaciones existentes entre Sociología y sociedad, la Sociología y las Humanidades en los Estudios Generales, el desajuste entre la enseñanza y la investigación y un plan de conferencias con los cursos complementarios en Sociología. A eso se añade que el A., por tratarse de un manual para profesores, presume que el lector esté al tanto de todos los problemas que ofrece el estudio de la Ciencia de la Sociedad.

Hasta hace poco se creía que la Sociología reuniera todos los conocimientos acerca del hombre como ser social en una unidad y que tratara de indagar las leyes que dominan el desarrollo de la sociedad humana. El célebre sociólogo F. Mueller-Lyer opina que el hombre, que gracias a los medios que le facilitaron las Ciencias Naturales, se convirtió en señor de la naturaleza, sólo podrá aprovecharse ventajosamente de las conquistas culturales teniendo los conocimientos que a este respecto la Sociología le ofrece. P. Heintz, en cambio, explica que la ciencia de la sociedad ha reducido sus pretensiones y aspiraciones, limitándose la mayoría de los sociólogos a elaborar teorías de pequeña envergadura y basadas en observaciones relativamente bien

Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica 1/3 (1958): 253-262.

Siglo XX

CRITICA DEL HUMANISMO

Alexander F. Skutch (*)

1.—CARACTERISTICAS DEL HUMANISMO

Uno de los movimientos más extendidos del pensamiento moderno ha tomado para sí la antigua y algo indefinida denominación de Humanismo. Aunque no le faltan expositores filosóficos, el Humanismo no es tanto un sistema definido de Filosofía, como una mezcla de matices de opinión que se agrupan desde diversas distancias y direcciones alrededor de un centro común. El carácter distintivo central que une estos diversos puntos de vista es su insistencia sobre la importancia del hombre. Los humanistas creen que el fin y la sanción de toda actividad humana es la humanidad, y que los hombres pueden encontrar en sólo ellos mismos los puntos de orientación adecuados para su pensamiento y acción. En esto difieren profundamente, no sólo de aquéllos que sostienen que sin una religión revelada la humanidad estaría perdida, sino también de aquellos pensadores, tanto religiosos como laicos, que han insistido en la adecuación de nuestra inteligencia para dar dirección a la vida humana por la consideración de la relación del hombre a un todo más grande, el Ser Supremo del Universo, y en la necesidad de tal orientación. Para el humanista, por tanto, la superioridad de la humanidad es, no sólo el único posible fin de nuestros esfuerzos, sino que la existencia del hombre no tiene sentido fuera de su propia clase, ni necesita buscar ninguna guía más allá del mismo. Asociada con estos principios, está la creencia de que nuestra vida se encuentra estrictamente limitada a su fase corpórea y que no tiene ninguna posible extensión en un más allá. No estoy seguro de que todos los que se llaman a sí mismos humanistas, estén de acuerdo con todos estos puntos, pero a mí me parecen fundamentales para la posición humanista, y cualquier desviación de ellos lo haría a uno más o menos humanista.

Este concepto central de Humanismo determina su filiación. Necesariamente se une en Filosofía con el Naturalismo y el Materialismo, ya que el reconocimiento de fuerzas mentales o espirituales en el Universo socavaría a la larga sus fundamentos. Emplea desdeñosamente el término 'sobrenatural' para todo el vasto sector de realidad que desde Kant han llamado los filósofos trascendente. Atribuye importancia solamente a las funciones perceptivas y racionales de la mente humana, depreciando su facultad intuitiva. Es positivista y encuentra en la ciencia a una guía más segura que en la Filosofía. En Etica es utilitarista, aun cuando no reconozca abiertamente su alianza con las doctrinas de Jeremías Bentham. Aun cuando el Humanismo se llame a sí mismo

---

(*) Sobre la personalidad de A. F. Skutch, conocido biólogo y filósofo, véase: *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, I, 1 (1957), 87 - 88.
Trad. de Ligia Herrera.

algunas veces una religión, rechaza cualquier forma de religión que pueda ser reconocida como tal. En política se inclina hacia la democracia, aunque una aristocracia y aún un despotismo benigno no parecería ser incompatibles con sus tesis centrales. Tal vez el rasgo más distintivo del Humanismo sea el no ser un credo definido o una Filosofía consistentemente organizada, sino un fenómeno psíquico, amorfo y difuso de la era presente, la enfermedad espiritual del hombre moderno. Ya que toma tantas formas, no será posible especificar en el espacio de que disponemos los postulados específicos de la doctrina humanista y tratarlos individualmente. Más bien será necesario considerar los rasgos comunes a muchas o a la mayoría de las formas del Humanismo, y señalar sus errores y peligros.

2.—SU IMPIEDAD

Los peligros inherentes al Humanismo son muchos y grandes. Uno de los cargos más graves contra él es que aísla al hombre de las fuentes de su ser. El aislamiento es, por supuesto, ideal o espiritual, más de sentimiento que de hecho, porque ningún hombre continuaría siendo si se le separa de la fuente de su ser. "Nada que no sea humano merece nuestra adoración". A mí me gusta el uso de la frase "seres mortales" más bien que simplemente "hombres", la cual sería la expresión humanista más estricta de este sentimiento. En la sentencia subsiguiente, el Profesor Murray habla de "un espíritu de bondad perfectamente real que atraviesa hasta cierto punto toda vida, pero que encuentra su más alta expresión en los hombres mejores, el espíritu que solamente podemos llamar *Humanitas,* Humanidad" (1).

Este espíritu de mutua ayuda merece ciertamente nuestra reverencia, pero ¿no es también digno objeto de veneración aquel principio de los seres vivos que los induce a revestirse de bellas formas y colores y su hambre de descubrir la verdad? Y podemos nosotros, si queremos, aplicar el término *Humanitas* a este espíritu de ayuda mutua; sin embargo, todo estudioso de la naturaleza sabe que es algo más antiguo en el mundo viviente que el hombre como algo parecido a su forma presente, y mucho más ampliamente difundido. No necesitamos más que mencionar los insectos sociales, los mamíferos gregarios y los pájaros. Verdaderamente, algo de este espíritu de ayuda existe en todas las criaturas, ya sea sociales o solitarias, que alimentan y protegen a sus pequeñuelos; y esta solicitud paternal por el bienestar de su prole es la forma primitiva de la cual todos los sentimientos altruístas han brotado, en el hombre no menos que en otras clases de animales (2). Nosotros suponemos que el espíritu de ayuda mutua es más consciente y explícito en su expresión en nosotros mismos que entre otras criaturas, pero no son más que presunciones imposibilitadas de prueba formal.

Pero, para llevar nuestra búsqueda de orígenes a una fuente verdaderamente primaria, ¿de dónde viene este espíritu de ayuda que Comte se complacía en llamar "Dios"? ¿Lo creó la humanidad o la vida, de *novo,* sacándolo de la nada? ¿Es que la especie humana se desarrolló en el vacío? El mundo pasó por un período de desarrollo inconcebiblemente largo antes de estar preparado para mantener la vida; y los seres vivos a su vez pasaron a través de generaciones sin número antes de que pudieran, consciente o deliberadamente, crear algo. Este espíritu de ayuda mutua es, por tanto,

———

(1) *Stoic, Chistian and Humanistit* (1946), 185 - 186.
2) SUTHERLAND, ALEXANDER: *The Origin and Growth of the Moral* 1898.

sólo un punto avanzado en un proceso cósmico; fuera o no explícito en el mundo prehumano, fue sin duda inmanente a ese mundo. Si el espíritu de cooperación, o cualquier otro rasgo o capacidad exhibidos por la humanidad merece nuestra adoración, aquel sustrato cósmico del cual brotó no puede ser indigno de adoración. Si produjo solamente esta única cosa que merece veneración, él mismo no sería desmerecedor de adoración.

Sin embargo, aquello de lo cual nació el espíritu de cooperación no puede ser "Dios" en su integridad, sino una de las potencialidades sin número del Ser Supremo. Así, en tanto que el Humanismo contenga algún precepto verdadero e inspirador, inevitablemente conduce por un desarrollo claro y lógico a su propia trascendencia, tanto hacia lo alto, en nuestro ascenso hacia la fuente primera de nuestro ser, como lateralmente, por medio de la consideración de nuestra relación con la totalidad del mundo viviente. Aun cuando el Humanismo moderno expresa verdades parciales, cuando pretende convertirse en una religión o una Filosofía última, hace el tonto. La piedad ha sido definida como la reverente consideración de las fuentes de nuestro ser; el Humanismo, que vuelve las espaldas a dichas fuentes, es impío.

El Humanismo conduce a los hombres a sobreestimarse a sí mismos, y su capacidad y su importancia en el sistema de los seres. Hincha el orgullo humano hasta un grado intolerable. Este egotismo ya era lo suficientemente malo el día en que el Salmista, con una disposición de ánimo exuberante, alabó a Dios por haber hecho al hombre un poco más bajo que los hombres y lo coronó de honor y gloria poniendo todas las cosas bajo sus pies. Pero él por lo menos reconoció seres superiores en Jehová y los ángeles. Las realizaciones del hombre moderno en tecnología no han tendido a purificar su orgullo innato. Si a este rasgo psíquico primitivo y al sentimiento de poder engendrado por el control de las fuerzas naturales añadimos una Filosofía que exalta al hombre por sobre las fuentes de su ser, provocamos una megalomanía tal como el mundo no ha visto nunca. Una locura tal en un animal que sólo excepcionalmente consigue el control de sus pasiones está cargada de peligros terribles.

3.—SU FRACASO EN PROPORCIONAR ORIENTACION MORAL Y ESPIRITUAL

El Humanismo es radicalmente incapaz de establecer valores o fines que sean a la vez durables y ampliamente apremiantes. El hombre ha guiado siempre sus pasos por aquéllo que está más allá de su alcance. En el mar o en el desierto fija su rumbo por las estrellas; en despoblado, se orienta por el pico de la montaña distante; su aguja magnética es alineada por fuerzas externas a ella misma y más allá de su control. Nada que siga solamente los propios movimientos del hombre puede servir para guiarlo, porque se vuelve cuando él se vuelve y se aparta del sendero cuando él se aparta. La cosa no es diferente con la dirección espiritual y moral que con la dirección en el espacio; también requiere algún punto externo para orientarse. Los Profetas reconocieron a Dios como la autoridad y el soporte de la ley moral. El Motor Inmóvil, un Ser que no cambia y que pone todas las cosas en movimiento como centro universal de atracción y objeto de deseo, era el fundamento de la cosmología de Aristóteles. El Platonismo y el Neoplatonismo vieron en el Reino del Intelecto y el Bien un depósito de valores; las normas de la rectitud y la verdad. Cuando no han encontrado en los altos cielos o en el aún más remoto reino de lo Trascendente una ley y una dirección autoritaria, los hombres han buscado orientación en el pasado,

igualmente inaccesible e igualmente libre de interferencia contemporánea. En las civilizaciones primitivas las leyes estaban a menudo investidas con un carácter sagrado e inalterable, atribuyendo su promulgación a algún rey semi-divino o legislador mitológico, cuya autoridad no podía ser discutida porque estaba más allá del alcance de cualquier súplica o discusión. Así, Confucio, que rechazó todo conocimiento de los decretos celestiales, dependió de los usos antiguos para conferir autoridad y prestigio al ritual y la costumbre; y los hindúes, que estaban lejos de repudiar el conocimiento de las cosas divinas, guardaron reverencia al Código de Manu, el legendario primer legislador. Establecer el punto de orientación en el pasado inalterable es quizá la forma más segura de asegurar la conformidad y la preservación de los valores tradicionales, según lo ejemplifica la historia de las naciones orientales. Pero esto suprime el progreso, porque es difícil avanzar con los ojos constantemente fijos en algo que está detrás de nosotros.

El Humanismo, al negar todos los valores trascendentales y toda guía divinamente ordenada a la conducta, deja a los hombres libres para establecer su propio gobierno y seleccionar sus valores propios por el ejercicio de la razón. ¡Emancipación hilarante! ¡Libertad encantadora! Descubriendo por nosotros mismos en medio de la selva, sin estrellas ni compás, ni aquéllos más viejos o más sabios que nosotros mismos para guiarnos, estamos en libertad de avanzar en cualquier dirección que el impulso o la fantasía nos dicten. Ningún hombre que ha tenido alguna vez la desgracia de caer en esta situación desea repetir una experiencia que aún el más avezado viajero encuentra aterradora. La falacia humanista se alza aquí de un malentendido de la naturaleza de la razón. Esta nunca puede crear un valor, porque su función es simplemente examinar y comparar, descubrir los medios para lograr fines que deben ser dados por algo más antiguo y vital que ella misma. La razón puede investigar los fundamentos sobre los que se supone que ciertas finalidades establecidas en forma autoritaria implícitamente descansan; puede comparar los valores unos con otros, puede tratar de descubrir metas y valores auténticos a través de la interpretación de la Cosmología o la Biología o la Historia. Pero, exceptuando esta forma indirecta, la razón nunca ha fijado un fin o creado un valor, porque es un mediador, un intérprete, un descubridor, nunca una autoridad independiente.

Cuando los hombres no pueden descubrir mandatos obligatorios o guías externos a ellos, deben buscar los valores últimos dentro de sí mismos. Algunos han oído la voz divina y el mandato ético absoluto brotar de las profundidades de su propio ser; pero el Positivismo, que es el compañero de viaje habitual del Humanismo, desacredita toda autoridad intuitivamente reconocida. Aparte de esto, nosotros encontramos dentro de nosotros sólo apetitos y deseos que varían en carácter y en intensidad de hombre a hombre, y aún en el mismo individuo no son en manera alguna constantes día a día. El rasgo que todos los deseos humanos tienen en común es que esperan que su objeto produzca, directa o indirectamente, placer o felicidad, según la diversidad de interpretaciones que los hombres dan a estos fines.

El Humanismo puede así fijar como su meta el logro de la más grande felicidad, equitativamente distribuída, hasta donde sea posible, entre todos los hombres. En esta forma el Humanismo acepta un criterio ético difícil de distinguir del Utilitarismo. Pero las únicas fuentes de felicidad acerca de las cuales todos los hombres de todas las razas y clases sociales están en sustancial acuerdo son sus fundamentos materiales. Por tanto, si el Humanismo se difundiera genéricamente por el mundo, conduciría a un esfuerzo colectivo para mejorar el alimento, la habitación, el vestido y la salud de todo el género humano, y tal vez a dar a cada uno la clase de educación

que lo hiciera más eficaz como productor, devengador de salario y ciudadano. Innegablemente, ésta es una meta valiosa, porque sólo el hombre más excepcional puede ser feliz y concebir pensamientos altos cuando su techo está goteando, el viento aullando a través de las rendijas de sus paredes, su estómago rebelándose por el hambre, y sus niños muertos de hambre llorando alrededor de él.

Aunque, como meta próxima, la abundancia material para todo hombre es irreprochable, como meta final no satisface; y las falacias peligrosas que esconde se harían manifiestas cuando se lograra. Porque no sólo de pan vive el hombre y aun mucho antes de que el punto de saturación económica haya sido alcanzado, busca modos de expresión propios y la satisfacción de anhelos espirituales, no menos que placeres y distracciones. Puede intentar imponer sus opiniones sociales o políticas sobre los demás, o explotarlos para su ventaja material, o simplemente disfrutar el ejercicio de un poder arbitrario. Por otra parte, en la ausencia de una norma externa de valor o de bien, sus propios impulsos indisciplinados y doctrinas extemporáneas se convierten en el único criterio de justicia. Los conflictos producidos por el choque de opiniones sólo pueden ser entonces solucionados por el ejercicio de la fuerza bruta y sólo temporalmente. El Humanismo, que rehusa ver más allá del mundo fenomenal y reconocer cualquier regla más antigua o con más autoridad que los intereses inmediatos del género humano, no puede señalar ninguna fórmula que no sea regla variable de la conveniencia para la resolución de los inevitables conflictos entre estos intereses.

Aunque, a través de los milenios de historia registrada, tanto los sabios como los profetas han reconocido, en general, la necesidad del hombre de orientar su vida por algún punto que esté más allá o sobre el hombre, han estado lejos de la unanimidad en su interpretación de la naturaleza o de los mandatos de esta soberana guía. Pero el fracaso para conseguir consistencia en sus resultados no desacredita un método. Por un período muy largo, los hombres han luchado por entender tales fenómenos físicos comunes como la caída de los cuerpos y la propagación de la luz, sin dar explicación aceptable y comprensible en general de los mecanismos que los sustentan. Sin embargo, los métodos de la ciencia experimental no han sido invalidados por estos fracasos. El consenso de tantos hombres de la más clara visión en que hay algún punto de orientación menos variable que el capricho y el deseo humanos, y que tal punto es indispensable para la dirección correcta de la vida humana, debe animarnos a perseverar hasta que lo hayamos descrito e interpretado en forma que demande aceptación general. Hacer menos es abandonarnos a una perdurable confusión y futilidad.

4.—SU INADECUACION COMO RELIGION

Muchos humanistas consideran su doctrina como una religión. A mediados de la décimo-novena centuria, Augusto Comte estableció una "Religión de la Humanidad", con un detallado ritual sugerido por el de la Iglesia Católica, una hagiolatría cuyos santos eran los grandes benefactores de la humanidad, pero sin Deidad. Un reciente escritor humanista definió la religión como "la devoción consagrada a los valores o a las fes (que pueden ser o no ser místicas, y ser o no ser teístas) que parecen promover los mejores intereses de la humanidad" (3). Esto expresa en la forma más

(3) BRODY, SAMUEL, *Science*... Scientific Monthly vol. 59, 1944, p. 211.

sucinta, aunque un poco ásperamente, un punto de vista moderno vastamente extendido sobre la religión, desarrollado por muchos escritores prominentes del presente día. Sin embargo, al hacer énfasis en los intereses de la humanidad y al pasar ligeramente sobre la relación del hombre a lo que está más allá de la humanidad, pasa por alto el núcleo central de la religión. Porque la religión tiene que ver con la relación de un hombre, de cada uno de nosotros, individualmente, con el Universo como un todo y especialmente con esas fuerzas desconocidas que lo han creado y lo preservan. La Religión concebida bajo esta luz incluye las relaciones de cada hombre con la humanidad en extenso, pero también toma en cuenta su relación con el resto de la creación, animada e inanimada, en tanto que él tiene algún contacto o conocimiento con ella. Y puesto que nosotros no tenemos un conocimiento adecuado de ese Ser último que sustenta el universo, la religión debe mantenerse para nosotros como una lucha, un andar a tientas hacia la luz, un devoto tender hacia más allá de nosotros mismos; debe ser una actitud del corazón y de la mente, más que una fórmula o un dogma. La definición de Inge se aproxima más al punto: "Nuestra conciencia del más allá es la materia prima de toda religión". Y Max Müller reveló verdadera penetración cuando escribió: "La Religión es la percepción del infinito". Gilbert Murray expresó el mismo pensamiento fundamental en un lenguaje algo diferente: "El hombre está rodeado de fuerzas desconocidas de alcance infinito y casi infinito poder. Y es la conciencia de estas fuerzas, o mejor dicho, del infinito alcance de lo Desconocido comparado con la pequeña esfera de Conocimiento en que vivimos, lo que constituye la actitud hacia la vida que llamamos actitud religiosa. Un hombre que nunca piensa acerca de lo Desconocido, pero que está seguro de que fuera del alcance del conocimiento probado no hay nada, o por lo menos nada que importe, evidentemente no tiene religión; de esto concluyo yo que no tiene religión, ya sea que lo comprobado para él sea la *Enciclopedia Británica* o los dogmas de alguna Iglesia infalible. Estar absolutamente seguro es no tener religión. La esencia de la religión es la conciencia de un inmenso desconocido. Llámesele Fe o llámesele Duda, son dos lados de la misma moneda" (4).

La excesiva concentración del hombre sobre lo humano es una de las más perniciosas tendencias de nuestra edad. En generaciones pasadas tuvimos al hombre y a un dios creado a su imagen—a menudo un simple ídolo tallado y sin embargo redimido de una esterilidad total por aquellas vagas, incomprensibles y más que humanas cualidades con las que sus excesivamente imaginativos y espiritualmente sensibles devotos lo investían. Pero hoy en día se nos dice que quebremos el ídolo y conservemos únicamente al hombre para nuestra devota consideración. Pero ¿qué es la humanidad? Una entre un millón de especies de seres vivos que habitan uno de los pequeños satélites de una estrella secundaria; una cosa infinitesimal en el espacio y efímera en el tiempo. ¿Debemos fijar todos nuestros pensamientos y todas nuestras esperanzas en una tan frágil barquilla? La especie humana, la tierra que habita y el mismo sistema solar no tienen significación como fenómeno aislado, su significado debe ser considerado en relación a un Todo más vasto y más durable. Es más satisfactorio y más confortante para el espíritu humano tender hacia este Todo, por más ciega, vaga y vanamente que sea, que el volverse sobre sí mismo y decir "Mi ocupación es solamente el hombre", porque el hombre es lo que puede ver con un poco de claridad. Las religiones dogmáticas han hecho y continúan haciendo un daño incon-

(4) *Op. cit.*, 156 - 157.

mensurable al pretender el conocimiento seguro de cosas de las que no saben nada; pero estas religiones modernas hechas a la medida están predestinadas a evaporarse en el aire. Un hombre no puede continuar viviendo sin más alimento que sus propias secreciones.

Si la humanidad ha de ser alguna vez rescatada de la confusión y desesperación que están apoderándose tan rápidamente de ella, será volviendo sus pensamientos y atando su fidelidad a cosas más allá de sí misma, que la abracen y la soporten. Es concebible que comparando las ganancias simplemente humanas y de este mundo con las pérdidas también puramente humanas y de este mundo, los gobernantes de las naciones pudieran justificar la guerra en sus propios espíritus. El enemigo vencido perderá su territorio, población, riqueza y comercio, pero nuestro propio país ganará en todas estas particularidades: y puesto que somos un pueblo superior y más inteligente seremos capaces de hacer un mejor uso de estas cosas; nuestra ganancia compensará entonces más que suficientemente las pérdidas del enemigo, y el mundo, como un todo, progresará. Argumentos de esta clase, usados demasiado a menudo para justificar la guerra y la agresión, podrían ser demolidos por una comparación más cuidadosa de los valores puramente humanos y sin tomar en cuenta muchas otras consideraciones que, si nuestra religión se hiciera más amplia en sus miras, serían decisivas. Mientras pelearon con palos y piedras, arcos y flechas, lanzas y espadas, los hombres de guerra hicieron poco daño, a no ser a sí mismos; y posiblemente bajo estas condiciones la pérdida de un lado era balanceada por la ganancia del otro. Pero en el aparato de guerra de la técnica moderna, no importa quien venza, el planeta como un todo pierde terriblemente. Sus depósitos minerales son vaciados, sus bosques son destruídos, sus suelos empobrecidos, sus aguas contaminadas, especies completas de seres vivos aniquiladas; la vida en su totalidad sufre inconmesurablemente. Este pensamiento sólo podría bastar para disuadirnos de hacer la guerra: que el aceite extendido sober el océano al hundirse muchos barcos tendrá como consecuencia la destrucción de incontables especies marinas bellísimas.

Las grandes religiones históricas obran mejor que el Humanismo porque luchan por dar al hombre miras más amplias. Sin embargo, con la sobresaliente excepción de algunas religiones orientales, hacen pocos intentos para guiar al hombre en su trato con otras formas de vida; solamente con otros hombres, a veces sólo con una porción de la humanidad, y con un dios concebido demasiado a menudo según la propia imagen del hombre. Sería lamentable si después de otros dos mil años —la mitad del lapso cubierto por el conocimiento humano registrado—de observación, experiencia y contemplación, no pudiéramos establecer una mejor guía para la existencia humana en su totalidad, espiritual no menos que material, que la que fue creada hace mucho por hombres cuya visión espiritual no estaba en absoluto igualada por su comprensión de los problemas científicos y filosóficos. Pero para lograr esto debemos ampliar, no estrechar el alcance de la religión.

5.—SU HOSTILIDAD A LA GRAN TRADICION FILOSOFICA

Mientras que el Humanismo pretende a veces ser una religión, otras veces se llama a sí mismo Filosofía. Supongo que cualquier intento serio hecho por el hombre por descubrir la verdad y los valores permanentes, merece este nombre venerado, y sería injusto negar la sinceridad y habilidad intelectual de muchos Humanistas. Ha

habido Filosofías de las más diversas clases. Pero indudablemente el Humanismo no pertenece a la gran tradición filosófica que incluye a la mayor parte de los pensadores de primera línea del mundo desde los autores de los de la antigua India, Platón y Aristóteles en la Grecia clásica, a Santayana y Whitehead en los tiempos recientes. Un Humanista (5) entusiasta declara a Spinoza como un de su compañía; pero es fantástico clasificar al pensador solitario que "se enamoró de Dios" y que vio en la conformidad con la voluntad divina la más alta beatitud, junto con los materialistas dialécticos, los instrumentalistas y otras escuelas modernas similares. Otros grandes pensadores entre los que se incluye a Hume y Spencer, han preferido permanecer excépticos y agnósticos; pero es difícil nombrar algún filósofo de primera importancia que haya adoptado la actitud dogmáticamente atea de algunos Humanistas recientes. Aun los epicúreos, algunas veces considerados como los antiguos precursores de los Humanistas modernos, y como ellos desprovistos de un expositor de alta penetración filosófica, admitían la existencia de los dioses, seres bienaventurados que algunas veces se revelaban a los hombres buenos, aunque ni castigaban a los malos ni intervenían en lo que pasaba en el mundo. El rechazo dogmático de la posibilidad de la existencia de seres superiores, revela pobreza de imaginación y una sobre-evaluación de la proporción de realidad cubierta por el conocimiento humano bien establecido, lo que parece hacer a un hombre incompetente para el ejercicio de la Filosofía.

La búsqueda filosófica de la realidad última, cuando es llevada a los más lejanos límites, revela que la experiencia contingente está compuesta de contradicciones inherentes que no encuentran su solución en el mundo fenoménico. Encontramos aquí el sujeto y el objeto, mente, y materia, lo eterno y lo transitorio, lo Uno y lo múltiple, libertad y necesidad. Nos encontramos entonces fuertemente tentados de buscar el descanso y la supresión de perplejidades, adhiriéndonos estrechamente a uno de los aspectos de estas disyuntivas, y cerrando los ojos a lo otro, tendencia humana natural que da nacimiento a Filosofías parciales y a dogmas insidiosos. Pero si el filósofo evita este peligro latente y marcha resueltamente al borde de lo desconocido, es llevado al reconocimiento de una región trascendente en la que los opuestos se reconcilian y las contradicciones se resuelven. Esta realidad, que esquiva algunos casos particulares de la experiencia, ha sido llamada por Jaspers (6) lo Comprensivo; y con todo derecho insiste Jaspers que puede ser aprehendida solamente por medio de la fe filosófica. Este filósofo estimagtiza como anti-filosofía aquellos hábitos de pensamiento que no pueden, o no podrán, llegar al punto de trascendencia. El humanismo, al adherirse ciegamente a uno de los lados de la experiencia y al negarse a emplear el movimiento dialéctico por lo menos para vislumbrar lo que está más allá de él, se expone a sí mismo a dicha imputación.

La precaria fundamentación filosófica del Humanismo se revela más ampliamente por su adhesión al Materialismo. Sus bases serían socavadas por cualquier otra premisa ontológica. De las dos alternativas, Materialismo y Mentalismo, la primera es la elección más arriesgada: el Mentalista es irrefutable cuando insiste que todo lo que conocemos es mente; mientras que el Materialista, cuando es sincero consigo mismo, tiene que admitir que la existencia de la materia no puede ser probada, sino simplemente inferida por la fe animal. En un trabajo (7) reciente señalé cómo el candor filosófico nos lleva a reconocer la realidad coordinada de mente y materia en el mundo

---

(5) CORLISS LAMONT, *Humanismus a Philosophy*, 1949, p. 45 - 47.
(6) KARL JASPERS, *The Perennial Scope of Philosophy*, 1949.
(7) *The Quest of the Divine*, 1956, p. 49 - 54.

de la experiencia, pero que el dualismo fenoménico conduce inexorablemente al Monismo trascendente. Por su insistencia obstinada en el Materialismo, el Humanismo se desacredita a sí mismo.

La negación dogmática es un rasgo prominente del Humanismo. Es atravesado de parte a parte por esa confianza en sí mismo que Whitehead afirmaba ser la tragicomedia de nuestra era. Le falta humildad intelectual y una debida apreciación de la proporción entre la pequeñez de nuestro conocimiento y la enormidad de nuestra ignorancia. Puede mantener su prestigio y obtener aceptación únicamente obteniendo a la fuerza conclusiones a cuestiones a las que la evidencia asequible no les da la respuesta inexpugnable. En presencia de algunos de los más profundos pensamientos filosóficos de todas las edades, afirma dogmáticamente que no hay ningún Ser trascendente. No reconoce ninguna ley moral suprema, sino que establece su Etica únicamente sobre la conveniencia. Belingerantemente, niega la inmortalidad del alma o de la mente, aunque un estudio crítico de esta largamente discutida cuestión revele que no tenemos suficiente evidencia para decidir en una forma u otra; y la misma rapidez del avance del conocimiento humano en muchas direcciones durante las últimas décadas, los sorprendentes cambios que han sufrido recientemente opiniones científicas largamente establecidas, deberían recordarnos que hay muchos aspectos de la realidad acerca de los cuales nuestro conocimiento es inadecuado o incierto, y muchos otros acerca de los cuales nuestra ignorancia es total (8).

Aprendamos por lo menos a ser tan rigurosos con las negaciones dogmáticas como con las afirmaciones dogmáticas. Son igualmente feas y perniciosas, e igualmente repugnantes para el escéptico verdadero. Los hombres modernos se asustan, no menos que sus antepasados primitivos, con las ficciones de su propio desaliñado pensamiento. Si nuestros antepasados se aterrorizaban a sí mismos con demonios imaginarios y con infiernos de su propia invención, nosotros, los modernos, paralizamos nuestras esperanzas y nuestra voluntad pintando al Universo como un vasto vacío moral y espiritual, aunque la evidencia para su vacuidad está lejos de ser concluyente. Nuestro fracaso en descubrir algo más que materia "bruta" y "fuerza ciega" en el Universo puede resultar simplemente de las clases de telescopios y espectroscopios que empleamos. Lo Desconocido es tan vasto que por lo menos contiene espacio para la esperanza.

6.—SUS LADOS DUROS Y SUS LADOS BLANDOS

El Humanismo acusa a las religiones tradicionales de estimular vanas aspiraciones a la felicidad en un estado futuro. Sin embargo, algunos de sus proponentes son culpables de esta misma práctica de exaltar nuestras esperanzas, y en un grado exagerado. Describen cuadros tan brillantes de la prosperidad material y de la felicidad terrena que la ciencia y la tecnología traerán al hombre como ni su testimonio histórico, ni sus circunstancias actuales, ni las leyes económicas, garantizan. El Humanista trata de llenar con orgullo humano, con la conciencia del poder, con promesas de un cielo tecnológico, el inmenso vacío dejado en el corazón por sus negaciones dogmáticas y nos proporciona algunos de los más patéticos pasajes de la literatura moderna.

William James clasificaba a los filósofos como de "mente dura" y de "mente blanda". Los primeros son empiristas escépticos que se contentan con creer sólo lo

(8) *Op. cit.* Capítulo XVIII.

que puede ser rigurosamente demostrado por la lógica o la ciencia; los segundos, con el fin de preservar la serenidad de la mente, tienen que cuidar su fe en consoladoras afirmaciones metafísicas incapaces de demostración experimental. Probablemente sería más correcto decir que casi todas las mentes tienen tanto un aspecto duro como un aspecto blando, y que la orientación de estos aspectos varía con cada individuo. Algunos de los que son más duros con el aspecto metafísico o religioso, son los más blandos en el aspecto del progreso humano o científico. Rehusan creer que un Poder amistoso vigila el Universo, o que el proceso del mundo tiene un propósito, pero alimentan una esperanza deslumbradora de que los hombres, por sus propios esfuerzos, sin ninguna otra ayuda, podrán transformar su planeta en tal forma que todos vivirán feliz y cómodamente, a pesar de la envolvente oscuridad. Otros, que toman un punto de vista mentalmente duro acerca de la habilidad de la humanidad para crear un paraíso terreno, tienen fe en fuerzas que nos ayudan y que trascienden la experiencia sensible. El hecho es que, en un mundo tal como éste, los hombres están constituídos en tal forma que deben preservar un punto blando en la mente si deben continuar trabajando alegre y confiadamente, evitando la desesperación. Sospecho que muchos de nosotros al trazar el propio desarrollo mental, propio, podríamos descubrir cambios en la orientación de los aspectos duros y blandos de nuestra mente. En tanto que nos hacemos más escépticos respecto a la capacidad de la ciencia para guiarnos en la confusión de los negocios humanos, tanto más buscamos consuelo en la Filosofía; y algunas veces nuestra búsqueda es recompensada. O, a la inversa, cuanto más llegamos a dudar de la Providencia y de un ordenamiento divino del Universo, tanto más luchamos por persuadirnos de que los hombres son competentes para crear un mundo bueno por medio de sus propios esfuerzos. Los Humanistas manifiestan una mente dura en lo que se refiere al aspecto cósmico, suavidad en el aspecto humano. En la teología ortodoxa Cristiana, la dureza y la suavidad son inversas.

Puesto que toda mente activa inevitablemente tiene su lado blando, debemos pesar cuidadosamente la evidencia y decidir en cuál aspecto vamos a permitir que la nuestra sea sensible a las impresiones sutiles. ¿Cultivaremos una fe filosófica que se establezca a sí misma en el propio pináculo de la razón humana y que no sólo sea sostenida, sino exigida por esa razón; o seremos receptivos de las fantasías extravagantes de aquéllos que creen que la ciencia y la técnica pueden llevar al paraíso a una humanidad que no se ha dado cuenta de su verdadera relación con el Todo que la comprende y sustenta?